

P. Lorenzo Ayerdi Chinestra, S. I.

(Zaragoza 24/08/1929 – Zaragoza 20/03/2017)

A MI QUERIDO Y RECORDADO AMIGO LORENZO AYERDI

No es fácil gestionar la frecuente presencia de la muerte en la vida ordinaria, sobre todo cuando las *bombas* van cayendo cada vez más cerca.

Quienes vivimos junto a compañeros jesuitas que necesitan cuidados especiales tenemos la ventaja —doy gracias a Dios por ello— de palpar la caducidad progresiva y el final de quienes han entregado generosamente su vida en bien de los demás en el seno de la Iglesia.

Muchas cosas importantes se me movieron por dentro cuando, sin haber estado junto a él en el momento del fallecimiento, sí que llegué a tiempo de cerrarle los ojos, besarle en la frente ya fría y permanecer junto a él y otros compañeros durante un buen rato. En ese silencio lleno de vivencias, serenas y turbulentas, vienen los recuerdos entrañables vividos con él. Viene la vida acompañada del Señor Jesús —*dentro de tus llagas, escóndeme*— vienen las resistencias ante el muro frío y opaco de la muerte irreversible, la llama de la esperanza en la Vida que compartimos sin tocarla... Todo eso viene a la intimidad del corazón. Al mismo tiempo, viendo el deterioro general de su salud en las últimas semanas y su pregunta recurrente “¿qué hago yo aquí?”, el final que ha tenido —inesperado para nosotros— y que le ha abreviado su camino de sufrimiento, yo lo veo como “*la eutanasia de Dios*”.

Mi cercanía y amistad con Lorenzo cuajó en mis años de teología en Roma. La ordenación diaconal en el Gesù se convirtió en fiesta familiar cuando él mismo, entonces Provincial, con nuestras madres y hermanas participaron de la fiesta. Luego, en Zaragoza, en el Colegio del Salvador, compartimos la tarea educativa en niveles de Secundaria durante unos diez años.

Experimentado en pobreza de vivienda y de recursos desde niño, con el padre arrebatado por los azotes de las guerras Civil y Europea, Lorenzo tuvo en su madre —“la señora María”— el apoyo vital y la fuente de educación cristiana y cívica. El espíritu sencillo y austero, exento de amargura y de odios de clase, la honradez y veracidad a carta cabal, la inteligencia lúcida transformada muchas veces en humor sano y distensivo, su sentido común, la cercanía personal con actitud comprensiva

de escucha, han sido rasgos que hemos valorado, y mucho, quienes lo hemos tratado de cerca.

Como anécdota, su alto nivel en Latín y Griego, demostrado en sus clases ya desde su juniorado, hizo que en alguna Congregación Provincial le pidieran que tradujera al latín algún postulado, en una época de decadencia de los estudios clásicos. Incluso en sus últimos años de Alicante, algún que otro alumno pudo beneficiarse de su saber, según él mismo me contó.

Somos numerosos los amigos, jesuitas y no jesuitas, en cada ciudad donde ha estado. La abundante afluencia de personas en la última despedida, el pasado miércoles 22 de marzo en nuestra iglesia “Madre del Salvador”, confirma lo dicho. El dolor de su muy querida hermana M.^a Pilar por no poder asistir al funeral, quiero también destacarlo y manifestarle desde estas líneas nuestro sincero cariño.

“Entran sin conocerse, viven sin amarse, mueren sin llorarse”. Creo que, gracias a Dios y a muchos, estas venenosas palabras atribuidas a Voltaire son cada vez menos ciertas. Ojalá que, con nuestra vida, las hagamos completamente falsas.

Gracias, Lorenzo, por tu persona y por tu vida.

Juan Jesús Bastero, SJ
Zaragoza, Comunidad del Salvador
26 de marzo de 2017